



# ¡SI NO VIERAN LAS MUJERES!

Comedia en cinco actos, refundición de la que escribió con el mismo título Lope de Vega, por D. Manuel Breton de los Herreros, representada con grande aplauso en el teatro de la Cruz, el día 20 de junio de 1826.

## PERSONAS.

ISABELA.	RODOLFO.
FLORA.	FABIO.
EL EMPERADOR OTÓN.	EL DUQUE OCTAVIO.
FEDERICO.	TRISTÁN.
ALEJANDRO.	BELARDO.

Acompañamiento.

## ACTO PRIMERO.

DECORACION DE SELVA.

ESCENA PRIMERA.

ISABELA, FLORA. (*aparecen en traje de caza con arcabuces.*)

ISAB. La caza se me ha escondido.  
Ya no encuentro á qué tirar.

FLOR. Ociosas para matar  
son las armas que has traído.

ISAB. ¿Requiebros, Flora?

FLOR. Es de veras.

Si amor te da sus arpones  
para cazar corazones,  
¿á qué perseguir las fieras?

ISAB. Al verme tan animosa  
pienso que hablas de temor.

FLOR. Mejor hablara de amor  
al mirarte tan hermosa.  
Holgárame que te viera  
Federico en ese traje.

ISAB. Envíale, Flora, un paje.

FLOR. Buena diligéncia fuera. —  
Pero, si no es que me engaña  
lo airoso y galán del talle,  
él baja del monte al valle  
y mi Tristán le acompaña.

ISAB. No te engaña el pensamiento.

Hay hombres de tal donaire  
que tienen alma en el aire  
de cualquiera movimiento.

FLOR. El es; sí: no hay que dudar. —

Aun no te ha llegado á ver.

ISAB. Vente conmigo á esconder;  
que le quiero saltar.

(*se esconden entre los árboles.*)

## ESCENA II.

ISABELA, FLORA, FEDERICO, TRISTÁN.

FED. Tristán, ¿no viste á Isabel?

TRIS. Yo no he visto mas que á Flor.

FED. Estaba con su señora  
á fuer de criada fiel.

TRIS. Querer tú sin ser lebel  
rastrearlas, es vano afán.

¡A saber dónde estarán!

FED. (*llamando.*) ¡Isabel!

TRIS. ¡Locos extremos!

Mejor es que nos sentemos  
á esperarlas.

FED. ¡Ay Tristán!

TRIS. A la sombra de esta encina...

FED. No, Tristán. Conmigo ven...

(*se presentan Isabel y Flora.*)

ISAB. ¡Téngase todo hombre!

FED. ¿A quién?

ISAB. A amor.

FED. Isabel divina,

si quieres del que camina

apropiarte los despojos,

¿para qué tantos enojos?

Deja el arcabuz, te ruego,

que mas ardiente es el fuego

de tus hechiceros ojos.

Dicen que Palas dormía,

depuesta entre la verdura

la guarnecida armadura

de plumas y argentería,

y Venus por bizzarria

se la puso, á quien severo

dijo Amor: madre, no quiero

en mi altar sangrientas palmas.

Con almas se matan almas;

que no con armas de acero. —

¿Culpabas ya mi tardanza?

ISAB. No; que de tu amor no dudo,  
mas solo halagarme pudo  
en tu ausencia la esperanza.

FED. Quien tanta ventura alcanza,  
mi bien, ¿qué puede envidiar?

Me detuve á mi pesar  
sirviendo al Emperador,  
que solo por él mi amor  
sin tí pudiera alentar.  
Con todos sus caballeros  
viene cazando á estas sierras  
y visitando sus tierras...

Mas ya llegan los monteros  
por diferentes senderos. —  
Adios. (Oh tirana suerte!)  
Quisiera á un favor, deberte  
por tu vida, dueño mio.

ISAB. Tú mandas en mi albedrío.  
¿En qué puedo complacerte?

FED. El César, hermosa mia,  
es joven y enamorado.

Si te viera en este prado  
hablarte desearia.

Es galan, es generoso,  
y en medio de su grandeza  
por él más de una belleza  
perdió de su alma el reposo.  
Si te habla, será de amor;  
y esto acabará conmigo,  
que es muy temible enemigo  
tan poderoso Señor.

Quisiera que no le vieras.  
Dame este gusto, señora.  
Vete á la granja de Flora. —  
Si tan hermosa no fueras  
no tanto le temeria.

ISAB. Tú le temes sin razon,  
que nunca á mi corazon  
su imperio se extenderia.  
Bien puede el César mandar  
sus florecientes estados  
y con sus fuertes soldados  
todo el mundo suzuzgar;  
pero vive satisfecho  
de que no hay poder bastante  
para rendir de tu amante  
el enamorado pecho.

FED. Así lo creo, bien mio;  
pero temo á tu belleza,  
temo á tu excelsa grandeza,  
y temo al destino impio.  
Mejor es que no le veas.

ISAB. Aunque me parece injusto,  
tan solo por darte gusto  
voy á hacer lo que deseas.

TRIS. Y escóndete tu, mi Flora,  
tambien; que los caballeros  
vienen con sus escuderos.

FLOR. ¿Tienes celos?

TRIS. Si, señora.

FLOR. Tu temor me martiriza.

TRIS. No te temo por hermosa,  
porque no vales gran cosa,  
sino por antojadiza.

Mejor es que te retires;  
que, aunque te mueres por mí,  
no respondo yo de tí,  
sino en tanto que no mires.

FLOR. Tristán, yo soy recatada,  
y nunca mi pecho amante...

TRIS. Ya lo sé, Flora. — No obstante,  
mejor estás encerrada.

ISAB. Adios.

FED. Adios, mi señora.

Montes y valles, paciencia;  
que breve será la ausencia  
de mi bien y vuestra aurora. (vase)

TRIS. Valles, perdonad que Flora  
se va á esconder. No es exceso;  
que no dejareis por eso  
de ver al sol y á la aurora.

### ESCENA III.

ISABELA, FLORA.

FLOR. Cavilosa estás.

ISAB. Me ha dado  
lo que nunca imaginé.

FLOR. ¿Es deseo?

ISAB. Si.

FLOR. ¿De qué?

ISAB. De lo que has adivinado.

FLOR. De ver al Emperador  
me parece que será.

ISAB. ¿Quién de ver no le tendrá  
á tan inclito Señor?

FLOR. ¿Qué aprension tan singular!  
Necio en p'ivártelo fué  
Federico.

ISAB. Pues á fé  
que he de verle á su pesar.

FLOR. Bien hecho. Es inclinacion  
que tenemos por herencia.

ISAB. La primer desobediencia  
nació de la privacion.  
¿Qué agravio al honor hiciera  
de galan, y no marido,  
por ver al esclarecido  
César que en el mundo impera?

FLOR. Decir que es gentil mancebo  
y te puede codiciar  
es achaque de no dar  
gusto.

ISAB. Es un género nuevo  
de tiranía insufrible.  
El ver ¿á quién causa enojos?  
O ha de sacarme los ojos  
ó pretende un imposible.  
Yo, Flora, tengo de ver  
al César; si bien será  
disfrazada.

FLOR. Cerca está.

ISAB. O ver, ó no ser mujer.

Me condena el padre mio,  
por que él está desterrado,  
á ver solo un monte, un prado,  
y entrando en el mar un rio;  
y un dia que viene aquí  
el águila con el pico  
de oro y perlas, Federico  
¿me manda esconder á mí? —  
Sigueme.

FLOR. Extraños antojos  
los de los amantes son.

ISAB. El manda en mi corazon;  
pero yo mando en mis ojos.

ESCENA IV.

EL EMPERADOR, ALEJANDRO, RODULFO, FAVIO,  
ACOMPAÑAMIENTO.

EMP. Cansado estoy.

ALEJ. Es el día  
caluroso por extremo.

EMP. Haced, yerbas olorosas,  
silla al que tiene el Imperio  
de Alemania y en Italia  
y Roma el sagrado cetro.

¿Qué dosel como esos olmos?

¿Qué mel dioso concierto  
como el canto de las aves,

á cuyos dulces gorgoros

se une el blando susurrar

de aquel plácido arroyuelo?—

Mas ¿dónde está Federico?

ALEJ. Luego que fuiste siguiendo

al veloz ciervo ramoso

que es de tus armas trofeo,

se fué entrando por el monte

con Tristan el escudero.—

Pero ya vienen los dos.

ESCENA V.

EL EMPERADOR, ALEJANDRO, RODULFO, FAVIO,  
FEDERICO, TRISTÁN, ACOMPAÑAMIENTO.

FED. (ap. con Tristán.) ¿Si me habrán echado menos?

TRIS. ¿Eso dudas?

EMP. Federico,

¿dónde has estado? ¿Qué has hecho?

FED. Codicioso de seguir

á un jibali mas soberbio

que aquel famoso de Arcadia

que abrió de Adónis el pecho,

perdi el camino. Señor;

hasta que de tus monteros

de una peña repetidos

me trajó el alcazote los ecos.

EMP. No se le puede negar

á la caza, caballeros,

ser el mas noble ejercicio,

y de antiguos y modernos

justamente celebrado.

Envidio el famoso esfuerzo

del africano que mata

en el arenal desierto

con solo el desnudo brazo

y las dos puntas de acero

al rey de los animales.

FED. Noble ejercicio en efecto

es la caza cuando solo

la usamos como recreo;

mas si en pasion degenera

de ningún modo la apruebo;

que suele dar al olvido

los mas dulces sentimientos.

EMP. Toda pasión es nociva

cuando al saludable freno

de la razon se rebela.

Mas, ya que no vive exento

ningun mortal de pasiones

desde el monarca hasta el siervo,

¿cuál tienes por la primera?

FED. Dejando afectos diversos,

yo la ira y el amor.

EMP. ¿Y cuál la mas fuerte?

FED.

Tengo

la ira por mas vehemente.

De ella los sabios dijeron

que es una breve locura

que ciega el entendimiento.

EMP. Te engañas; porque la ira

dura solamente el tiempo

que dilata la venganza:

no así el amor; pues sabemos

que puede durar después

de ejecutado el deseo

toda la vida de un hombre;

y es fácil aquí el ejemplo:

que podeis todos vosotros

tener encendido el pecho

de amor ahora, y ninguno

tener ira; luego es cierto

que es mayor pasion amor.

FED. Que es la mas noble confieso,

pero no que es la mas fuerte.

EMP. Vosotros que estais oyendo

al discreto Federico

un pensamiento tan necio,

¿qué decis de su opinion?

Mas declarad me primero

si amais. No creo posible

que donde hay tantos portentos

de hermosura y discrecion

esteis libres de este afecto.—

Dí tú, Fabio, por mi vida.

FAB. Yo, señor, con nadie tengo

ira; amor sí.

EMP. ¿Quiéres bien?

FAB. A una dama galanteo

con mas amor que esperanza.

EMP. ¿Tú, Rodulfo?

ROD. Yo confieso

que cuando no tengo amores

estoy fuera de mi centro.

EMP. ¿Tú, Alejandro?

ALEJ. Gran Señor,

un imposible pretendo.

EMP. Tristán, ya que estás aquí

di tu razon; porque quiero

vencer con todos los votos.

TRIS. Señor...

EMP. Vamos di.

TRIS. Obedezco.

Yo quise á una morenilla,

entre otras, cuyos ojuelos

si un avaro los tuviese

candiles hiciera de ellos.

¿Qué boca aquel al! ¿Qué manos,

Señor, si pidieran menos!

¿Qué buen talle! Y sobre todo

¡qué hermosísimo desuello!

Su padre se fué á una aldea.

Entré en la casa resuelto;

pero volvió de improviso.

Era muy crudo el invierno.

Escondíome en un tejado...

de su padre; no del cierzo.

Riuyó el alba mas que nunca

viendo á un galán escudero

convertido en chimenea;

y al salir de aquel aprieto,

¡una y no mas! dije yo.

Si otra vez amores tengo  
mas abrigados serán,  
aunque me deleiten menos;  
que amar de tejas arriba  
es ser gato; no escudero.

EMP. ¿Por qué callas, Federico?

FED. (Mi amor ocultarle debo,  
que está en su desgracia el Duque.)

Yo callo, porque no puedo  
siendo ignorante de amor  
ayudar á tu argumento.

En toda mi vida quise,  
ni dije á mujer requiebros,  
ni escribí carta amorosa,  
ni tuve de nadie celos;  
ni me vió rondar la noche,  
ni oyó mis quejas el viento,  
ni supe qué eran desdenes  
ni favores; porque tengo  
de las tragedias de amor  
innumerables ejemplos.

EMP. Pues ¿qué has hecho, Federico,  
de toda tu vida el tiempo?

¿Tú eres hombre? ¿Tú eres noble?

¿Tú valiente? ¿Tú discreto?

¿En qué desierto has nacido?

¿Qué tigre te dió su pecho?

¿Qué hombre vivió sin amor

en el mundo donde vemos

á las fieras y á las plantas

gemir de amor y de celos?

Desde la choza al dosel

¿ignoras, hombre de hielo,  
que amor es rey de los hombres?

FED. Señor, en amor me empleo  
de la virtud y los libros.

EMP. Laudable amor; no lo niego;

pero ¿hay cosa tan amable;

hay tan delicioso objeto

como una mujer hermosa

al humano entendimiento?—

Pues advierte, Federico,

que desde hoy, yo te lo ordeno,

has de buscar á quien ames,

humilde ó alto sujeto;

que yo no quiero á mi lado

hombre sin amor; pues creo

que sin él nadie es leal,

ni esforzado, ni discreto.

¿Me has entendido?

FED. Está bien.

Buscar una dama ofrezco

á quien amar desde ahora.

(¿Y cómo si ya la tengo

mas bella que el mismo sol?)

Mas si no puedo ser dueño

de su mano sin dársela

á tu bondad...

EMP. Te prometo

que con ella has de casarte

si consiste en mí.

FED. Yo acepto

vuestra palabra, Señor.

VOCES (dentro.) Ataja, ataja.

OTRA. Del cerro

pelado descendiendo al valle.

OTRA. Suelta á Melampo, Roselio.

EMP. Corred todos: ¿qué esperais?

Yo en esta sombra os espero.

ESCENA VI.

EL EMPERADOR.

¿Será posible que un jóven  
de elevado nacimiento,  
discreto como ninguno,  
y galan como el primero  
sea insensible al amor,  
cuando todos... Mas ¿qué veo?

ESCENA VII.

EL EMPERADOR, ISABELA, FLORA, BELARDO.  
(Isabela y Flora vienen en traje de labradoras.)

ISAB. Muy mal nos habeis guiado.

BEL. Aquí estaban; bien decia.

No ha sido la culpa mia  
si tan pronto se han marchado.

FLORA. Ya se oyen lejos las voces.

EMP. (¿Qué graciosa labradora!

¿vale mas fresca la aurora?)

ISAB. Tu pienso que no conoces  
al Emperador.

BEL. Yo no.

ISAB. Mas no será menester,  
que bien se echará de ver.

BEL. A otro Emperador vi yo  
pintado; y así vendrá.

ISAB. ¿Cómo?

BEL. Con un gran ropón  
colorado, y un plastron  
de oro en que un borrego está  
entre muchos relumbrones,  
corona, el mundo en la mano,  
y aquel cetro soberano,  
que manda á tantas naciones,  
y la valerosa espada.

FLORA. ¿Y ha de venir á cazar  
de esa suerte?

ISAB. ¿Aquí ha de andar  
con la púrpura dorada?

EMP. (¡Hermosura singular!  
¡Y en un monte se oscurece!)

FLORA. Vaya: el César no parece:  
bien te puedes retirar.

ISAB. Sin ver á los cortesanos  
siquiera, ¿me he de volver?

EMP. (Labradora puede ser  
de corazones humanos.)

ISAB. Allí he visto un caballero.—

¡Hola! ¿Qué digo, Señor?

¿Dónde está el Emperador?

EMP. Aquí, serrana, le espero.

Soy su privado. ¿Queréis

con él por ventura hablar?

Mucho podeis negociar

con las gracias que teneis;

porque siempre la belleza

lleva cartas de favor.

ISAB. Ya sé que el Emperador

la soberana grandeza

humilla á cualquier mujer.

EMP. No á cualquiera; que en efecto

es quién es; mas yo os prometó

que si os acertara á ver

y oiros hablar así,

se perderia por vos.

ISAB. ¿Perderse? ¡Válgame Dios!

Pues ¿no tiene el mundo allí?

¿Hay mas que buscarse en él?

EMP. Mas que mujer he juzgado  
que ángel debéis ser formado  
por el divino pincel.

Y así si alguno en el suelo  
pretende bascarlo, yerra,  
que no se hallará en la tierra  
quien se ha perdido en el cielo.

ISAB. No entendemos por acá  
tan angélicos requiebros;  
que entre castanos y enebros  
humildemente se vá.

EMP. (¡Qué gracia! Mal me resisto.)  
¿En dónde vivís?

ISAB. No sé.

EMP. Lo sabré yo.

ISAB. ¿Para qué?

EMP. Porque soy el que conquisto  
para el César estas aves.

ISAB. Muy buen oficio tenéis.

Medraris y privareis;  
que son bocados suaves. —

Así á vos os le haga Dios;  
pues junto al César estais,

haced el bien que podais;  
no sea todo para vos.

No digais de nadie mal;  
que es hajeza y no es razon

trocar con mala intencion  
un espíritu leal.

EMP. ¿Y ya os vais?

ISAB. Aunque con miedo

vine á ver al Soberano,  
mas no á ningun cortesano.

Adios.

EMP. Esperad.

ISAB. No puedo.

ESCENA VIII.

EL EMPERADOR, BELARDO.

EMP. ¡Oyes tú, buen labrador!

BEL. ¿Qué mandais?

EMP. Saber deseo  
quién es esa labradora.

BEL. ¿Labradora? Mas discreto  
os hacia yo.

EMP. ¿Por qué?

BEL. Aunque en traje tan grosero,  
¿qué olor os dio de tomillo?

EMP. No os admireis: soy un necio. —  
¿Cómo se llama?

BEL. Isabela;  
la gala de estos oteros.

EMP. ¿Quién es Isabela?

BEL. Es hija  
del duque Octavio.

EMP. Ya tengo  
noticia del duque Octavio,  
y tambien de su destierro.

BEL. No tiene el César razon  
en tenerle tanto tiempo  
desterrado de la corte.

EMP. Decis bien. (Ahora entiendo  
lo que Isabela me dijo.)

BEL. Mi amo es tan buen caballero...

EMP. Basta. ¿Es casada Isabela?

BEL. No, señor; porque está el viejo  
muy pobre.

EMP. ¿No es ella hermosa?

BEL. No es el dote de estos tiempos.

EMP. ¿Dónde vive?

BEL. A mano izquierda  
entre esos robles y tejos

se esfuerzan dos torres mochas  
para ser mas altas que ellos.

Allí pasa su tristeza  
y su vejez... Mas ya siento

vues'ra gente. — Adios, adios;  
que me echará el Duque menos.

ESCENA IX.

EL EMPERADOR, FEDERICO, ALEJANDRO, RODOLFO,  
FABIO, TRISTAN, ACOMPAÑAMIENTO.

FED. Yace nadando en su sangre  
el cerdoso bruto. Os ruégo

vengais á verle.

EMP. En la quinta  
de Octavio, que no esta lejos,

le veré. Venid; que allí  
pasar la noche resuelvo.

FED. (¡Ay triste!) ¿De Octavio? ¿Olvidas  
que fué tu enemigo?

EMP. El tiempo  
todo lo borra.

FED. Mas ¿quién  
te ha dicho que este desierto

es su albergue?

EMP. Un labrador.

FED. Ir á verle en su destierro  
no es politico...

EMP. ¿Qué importa  
si perdonarle es mi intento?

FED. Está en la aldea inmediata  
todo el servicio...

EMP. Traedlo.

FED. Es ya tarde...

EMP. Aunque lo sea.

FED. Todo estará allí dispuesto...

EMP. ¡Eh! ya basta, Federico. —  
Seguidme. — Hoy estais muy necio.

(Vanse todos, quedan los últimos Feder y Tris.)

TRIS. Huyendo del perejil  
te salió en la frente.

TRIS. Ha muerto,  
Tristán; mi dulce esperanza.

FED. Téngala Dios en el cielo.

ACTO SEGUNDO.

SALA EN LA QUINTA DE OCTAVIO. ES DE NOCHE.

ESCENA PRIMERA.

OCTAVIO, BELARDO.

OCT. La vuelta de Federico  
que viene el César confirma.

BEL. Digo que he visto, Señor,  
acercarse á nuestra quinta

gente del Real servicio,  
instrumentos de cocina

y ¡qué sé yo cuántas cosas!  
Y tan ufanas venian

las acémilas que llevan  
los reposteros encima

con las armas del imperio,  
que dije: si estas caminan

tan soberbias porque traen

cosas de tan baja estima,  
¿qué mucho que lo parezcan  
los que tan cerca se miran  
del señor Emperador?

OCT. No sé por donde mi dicha  
le ha traído á nuestro monte,  
ni como ya se le olvida  
lo que tuvo por agravio.  
Presumo que determina  
perdonarme.

BEL. Así lo creo;  
y ya os pido las albricias,  
que es señor muy bondadoso.

OCT. Cuando la guerra se hacían  
el César y el de Sajonia  
por la imperial monarquía,  
dejé el partido de Otón,  
teniendo mayor justicia,  
porque el mando de las tropas  
me usurpó la negra envidia.  
Triunfó su valor excelso  
de las armas enemigas,  
y al ceñir su heroica frente  
las imperiales insignias,  
no menos que su valor  
su augusta clemencia brilla;  
pues, en obsequio tal vez  
de mis proezas antiguas,  
pudiendo verter mi sangre  
con destierro me castiga.  
¿Quién sabe si, aun mas piadoso...  
Mas ó me engaña la vista,  
ó ya la escalera sube  
con su imperial comitiva.

BEL. ¡Cuánto señor, Virgen santa!

OCT. Corre y á Isabel avisa  
que tengo al César por huésped.  
Quiero que esté prevenida  
para besarle la mano.

## ESCENA II.

EL EMPERADOR, FEDERICO, TRISTÁN, OCTAVIO, ALB-  
JANDRO, RODOLFO, FABIO, ACOMPAÑAMIENTO.

FED. Aquí está el duque.

OCT. Y se humilla,  
gran Señor, á vuestros pies  
en donde lágrimas sirvan  
de palabras; que mejor  
con ellas se significan  
los sentimientos del alma.

EMP. Quien á vuestra casa misma  
viene, Octavio, claro está  
que el perdón os anticipa.  
El blason de nuestro imperio  
entre el acero y la oliva  
dice que perdona humildes  
y que soberbios castiga.  
Yo os abrazo, que es la pluma  
que las amistades firma,  
y mis agravios olvido.

OCT. Vuestra Magestad invicta,  
soberano Otón, bien sabe  
que con alma arrepentida  
me sepulté en estos montes:  
á lamentar mi desdicha;  
pudiendo del de Sajonia,  
cuyas banderas seguía,  
admitir grandes mercedes.

EMP. No es menester referirlas

sino saber que tendreis  
con este perdón las mias.

FED. (ap. con Tristán.) Temblando, Tristán, estoy.

TRIS. ¿Y de qué?

FED. De que le diga  
que quiere ver á Isabela.

TRIS. ¿Y qué habrá después de vista?

FED. ¡Ay! ¿Qué la ve sin amarla?

Y si una vez le cautiva  
su hermosura, ¿quién será  
el que á un Monarca resista?

OCT. Señor, como no esperaba  
gozar de tan alta dicha  
y de sorpresa venis  
á alojarnos en mi quinta,  
nada tengo prevenido.  
Disimulad que no los sirva  
cual quisiera...

EMP. Soy soldado,  
y las marciales fatigas  
me enseñaron á ser sóbrio.—  
Mañana al rayar el día  
quiero volver á la Corte.

OCT. ¿Tan pronto, señor?

EMP. Me obligan  
atenciones del gobierno.  
Vendreis en mi compañía,  
Octavio.

OCT. Dejad, Señor,  
que á vuestras plantas invictas.

EMP. Alzad.—Federico, escucha.

(En voz baja y apartándole á un lado.)

Ya me parece que hacia  
agravio á tu lealtad  
callando de mi venida  
el motivo.

FED. (Demasiado  
mi despecho lo adivina.)

EMP. Cuando de mí os separásteis  
salió de entre las encinas

vestida de labradora

una mujer..., una ninfa

dijera con mas razon,

ídolo de estas campiñas.

¿Con qué donaire me dijo

que deseosa venia

de ver al Emperador!

Por mas libremente oirla

no la dije que yo era.—

Su hermosura y gallardía

fueron un rayo á mi alma.

No he visto cosa mas linda

desde que tengo el laurel

de Alemania; ni en mi vida

sentí mas vehemente anhelo

de una amorosa conquista.

Por eso he venido aquí

sabiendo que era la hija

del Duque.—Dile al descuido

que me enseñe su familia.

FED. (¡Perdido soy!)

EMP. Y á Isabela

le dirás que amor me obliga

á tanto exceso, y que á solas

honestamente permita

que hablemos los dos.

FED. Señor...

¿Sola Isabela venia

á verte?

EMP. Asi me lo dijo.  
 FED. Esa es una accion indigna de su fama y de su nombre.  
 EMP. ¿Por qué tanto la acriminas?  
 FED. ¿Salir sola de su casa!  
 ¡Qué liviandad! ¡Qué maucilla!  
 ¡Qué haldon!  
 EMP. Eres severo, Federico, en demasía.  
 FED. La curiosidad, Señor, en su estado es muy mal vista. Mejor estaba Labela en la granja.  
 EMP. Tú te irritas como si fuera tu dama.  
 FED. ¡El cielo no lo permita! Pero como su recato tanto la fama publica, extraño mucho... ¡Ah traidora!  
 EMP. Pero ¿ignoras tú que incita toda novedad los ojos de las mujeres?  
 FED. Es digna tu grandeza de mayores milagros.  
 EMP. Todo lo miran, todo lo ven las mujeres: sola una cosa codician aun mas que el gusto de ver.  
 FED. ¿Cuál, Señor?  
 EMP. El de ser vistas.  
 FED. ¡Loco estoy!  
 EMP. Si de mirar y ser miradas las privan, no hay freno que las contenga. Harán mil cosas indignas; romperán torres; saldrán por rejas; pondrán mil vidas y mil honras en peligro.  
 FED. ¡Bien lo dice mi deslucha!  
 Voy a servirte. ¡Oh mujeres! ¡Oh curiosidad maldita! Bien hacen en encerraros con cien llaves en Turquía. Señor, ya no es menester que al duque Octavio le diga lo que mandaste. Ella viene.

ESCENA III.

EL EMPERADOR, FEDERICO, TRISTAN, OCTAVIO, ALEJANDRO, RODOLFO, FABIO, ISABELA, FLORA, ACOMPANAMIENTO.

ISAB. Vuestra Majestad permita que á sus plantas humillada...  
 ALEJ. No soy yo, señora mia. — Allí está el Emperador.  
 FLORA (ap con Isabela) ¡Ay señora! Por tu vida que es el que hablaste en el monte.  
 ISAB. El alma me lo decia, y no lo quise creer. — De ad, Señor, que se rinda esta esclava á vuestros pies.  
 EMP. Que los brazos os reciban es mas justo.  
 TRIS. (Qué mal gesto pone mi amo! ¡Cuil la mira!)  
 EMP. (ap con Federico.) Mirala bien, Federico. ¡Qué beldad tan peregrina!  
 FED. (Demonio la juzgo yo.)

No es tan grande maravilla.  
 EMP. Nieve pu a es su garganta.  
 FED. Estas blancas ¡son tan frias!  
 EMP. Envidia á la rosa da el color de sus mejillas.  
 FED. Será acaso la vergüenza?  
 ¿Y quién sabe si se pinta?  
 EMP. Sus ojos son dos luceras.  
 FED. Miran con mucha osadia.  
 EMP. Su gravedad...  
 FED. Es orgullo.  
 EMP. Y su modestia...  
 FED. Fingida.  
 EMP. Ciego estás cuando eso dices.  
 FED. (Sí; tal me tiene la ira.) Señor, á mi me parece su camarera mas linda.  
 EMP. ¡Qué necio! — Pero no extraño que tal desat no diga hombre que jamás amó.  
 FED. (No ha sido tanta mi dicha.)  
 EMP. (á Isabela) Para volver á mi gracia ¿qué interesora podia traer como vos el Duque?  
 ISAB. Laurel de mil mundos ciña esa generosa frente.  
 OCT. Si Vuestra Alteza se digna de honrar el pobre aposento que mi humildad le destina...  
 EMP. Está bien; guiad, Octavio. Allí en sociedad festiva, sin molestas ceremonias que en la Corte me fatigan, entretendremos el tiempo hasta que la cena sirvan. — Federico, da la mano á Isabela.

(Parte el Emperador hablando con Octavio, le siguen los caballeros, y Federico que lleva de la mano á Isabela habla con ella á hurto.)

FED. ¡Ah fea mentida!  
 ISAB. Pues ¿qué culpa tengo yo?  
 FED. Pregúntalo á las encinas donde fuiste á ver al César.  
 ¡Eres mujer!  
 EMP. (volviendo.) ¿Qué decías á Isabela?  
 FED. Que sus ojos... á los monarcas hechizan.  
 EMP. Es que amor anida en ellos.  
 FED. ¡Qué traicion!  
 ISAB. ¡Qué necia envidia!

ESCENA IV.

FLORA, TRISTAN.

FLOR. ¿Y tú no me das la mano?  
 TRIS. En cinco dagas buidas quisiera volver los dedos.  
 FLOR. ¡Jesus, qué locura!  
 TRIS. Hija de... tu madre, ¿tambien tú con tu ama sales á vistas? No sé cómo no te mato.  
 FLOR. Esa es mucha tirania.  
 TRIS. Disculpo la presuncion en la que nació bonita; Pero ¿en tí? ¡Quita allá!...  
 FLOR. Hermosa me llamastes algún dia.

TRIS. Es que el amor te pintaba,  
y ahora los celos te pintan.  
Angel te llamaba entonces;  
y ahora te llamo arpía.

FLOR. ¿Arpía yo?

TRIS. Afán de ver  
que á las hembras precipitas,  
¡cuántas Lucrecias por tí  
se volvieron Mesalinas!

FLOR. ¿Qué quieres! Tenemos ojos;  
y los ojos...

TRIS. Dilo.

FLOR. Miran.

TRIS. ¡Mal cuervo aposente el pico  
en la mitad de tus niñas!

FLOR. Pues ¿á quién ofende el ver?

TRIS. Vamos; el diablo os pellizca  
en habiendo novedad.

FLOR. ¿Y vosotros?

TRIS. Pues ¿querías  
disputarnos á los hombres  
¡oh petulancia inaudita!  
la libertad que tenemos  
por ejecutoria antigua?

FLOR. Con eso no ven mujer  
que luego no la codician  
los hombres.

TRIS. Flora, entre yeguas  
todo caballo relincha.

FLOR. Adios, que viene tu amo.  
Cúrate de la manía  
de celoso, si no quieres  
consumirte en cuatro días.

#### ESCENA V.

TRISTAN, FEDERICO.

TRIS. ¿Cómo abandonas al César?

FED. ¿Cómo quieres que á la vista  
de esa pérfida mujer  
devore la rabia mía?

Huyo de ella; de mis celos;  
del César; de mi desdicha...  
de mí mismo. — ¡Ah! si la vieras...

Ni aun de mirarme se digna.  
Solo tiene ojos la ingrata  
para el César.

TRIS. ¿Quién se fia  
de mujeres?

FED. Al oír  
sus halagüeñas caricias,  
en aquel labio perjuró  
brilla la dulce sonrisa  
que falsa me embelesaba  
y ahora veráz me irrita.

TRIS. ¿Qué vanas son las mujeres?  
Tantas finezas olvida  
porque un César la requiebra.  
A fe que si se le arrima  
un pobrete como yo,  
no la hallará tan propicia.

FED. ¿Qué me aconsejas, Tristán?

TRIS. Que de su orgullo te rias;  
y otra al puesto.

FED. ¡Ah! no es posible:  
que á pesar de su perfidia,  
la adora mi corazón.

TRIS. Apela á la medicina  
de la ausencia; y que me empalen  
si en dos meses no la olvidas.

Vámonos, y no paremos  
hasta el Japon ó la China.

FED. ¿Adónde iré que la imagen  
de esa infiel no me persiga?

TRIS. Pues máatala.

FED. ¡Yo matarla!  
No, que su vida es mi vida.

TRIS. Mata al César.

FED. Soy leal.

TRIS. Pues ¿qué quieres que te diga?  
Mátate tú.

FED. Dices bien;  
que ya mi estrella maligna  
otro arbitrio no me deja.  
Moriré, y la fementida  
Isabel...

#### ESCENA VI.

FEDERICO, TRISTAN, ALEJANDRO.

ALEJ. Quisiera hablaros  
á solas.

TRIS. Según se explica  
el señor, yo estoy haciendo  
falta en la caballeriza.

#### ESCENA VII.

FEDERICO, ALEJANDRO.

FED. Ya estamos solos. Decid.

ALEJ. Puesto que teneis la dicha  
de que el César entre tantos  
caballeros os distinga,  
justa recompensa á vuestras  
hazañas esclarecidas;  
un favor quiero pedirós.

FED. Muy justo será que os sirva  
en cuanto pueda. ¿Quereis  
algun mando en la milicia?

ALEJ. Otra es mi ambicion, amigo.  
Isabel, la hermosa hija  
de Octavio...

FED. Acabad.

ALEJ. Merece  
del mundo la monarquía.  
¿Qué mucho si yo...

FED. (¡Oh furor!)  
¿La amais?

ALEJ. Si logro que admita  
mi mano...

FED. ¿Ella vuestra mano?  
Antes se la cortaría  
quien...

ALEJ. ¿Qué decis?

FED. Que Isabel  
no es para vos.

ALEJ. Maravilla  
me causa oiros hablar  
así. ¿Mi mano es indigna  
de la suya?

FED. Otro la adora  
antes que vos; otro aspira  
á su dulce posesion  
que será del mundo envidia;  
y es muy temible adversario  
cuando los celos le irritan.

ALEJ. Si por vuestro influjo el César  
mi deseo patrocina,  
á nadie temo. Decidle...

FED. No; no os canseis. (Mal la ira  
puedo enfrenar.) Ya os he dicho



que es temeraria osadía  
aspirar vos á su mano.

ALEJ. Pero explicadme ese enigma.

¿Quién me disputa á Isabel?

FED. ¡Oh, que por una manía  
necia la triste pasión  
que mi pecho martiriza  
oculte yo, y no le pueda  
matar!)

ALEJ. ¿Quién la solicita?

FED. ¿Quién?... El César. Atrevedos  
á quitarle su conquista.

ALEJ. ¿Vos lo sabeis?

FED. (¡Demasiado!)

Sinó, ¿á qué fin lo diria?

ALEJ. He visto que la festeja;  
pero, como tanto dista  
del Trono Isabel, dudaba...

FED. ¡Ah! todo lo facilita  
el poder.

ALEJ. Mucho celebro  
que me deis esa noticia  
á tan buen tiempo. No es justo  
que yo con Oton compita.  
Soy desgraciado: en la cuna  
murió la esperanza mia.

### ESCENA VIII.

FEDERICO, ALEJANDRO, FABIO.

FABIO. El César os llama.

ALEJ. (al oído á Federico.) Oid:  
no digais por vuestra vida  
que yo...

FED. Vivid descuidado.

(*Entran todos en la habitacion donde se halla el  
Emperador: Federico el último.*)

Todos contra mi conspiran,  
y ese necio... ¡Buena fuera  
que llegase mi ignominia  
hasta interceder por él!  
Fuérza será que desista  
de su temerario intento;  
que con el César podria  
callar, sufrir..., mas ¿con él?  
Le he de matar si la mira.

## ACTO TERCERO.

SALON EN CASA DE OCTAVIO, EN LA CORTE.

ESCENA PRIMERA.

FEDERICO, TRISTAN.

FED. Ya que Isabela salió  
y es forzoso que la espere,  
pues el César, ó mas bien  
la ojeriza de mi suerte,  
á quien me mata de celos  
me manda dar parabienes;  
ahora que no lo estorban  
testigos impertinentes,  
dime, Tristan; ¿qué te dijo  
esta mañana esa alevé?

TRIS. Me dió mil quejas de tí,  
que, si su labio no miente,  
hubieran enternecido

el corazón de un corchete.

FED. ¿Quejas? ¡Cuánto mas amargas  
darselas mi labio puede!

TRIS. Pues yo, señor, juraria  
que Isabel está inocente.

FED. ¡Pluguiera á Dios! Mas ¿por qué  
cuando mi amor la previene  
que al Emperador no vea,  
obedecer me promete;  
y después...

TRIS. Quien eso estraña  
no conoce á la mujeres.

Si no la hubieras mandado  
con tanto afán que no viese  
no te afligirian celos.

¿Ignoras tú que ellas suelen  
hacerlo todo al revés?

FED. Como relámpago leve  
huyó mi dicha. ¡Infeliz  
el que dama hermosa tiene!

TRIS. Para que todos la rondan,  
y él rabie y se desespere  
y... Pero ¿merecen ellas,  
las muy... Pues á pelo viene,  
oye esta pintura fiel  
de las señoras mujeres.  
Dichosa se llama aquella  
que nació graciosa y linda;  
no hay pecho que no se rinda  
al hechizo de una bella.

Ya miran con dulce agrado,  
ya del ceño hacen alarde,  
para alentar al cobarde,  
y escarmentar al osado.  
Su poder corre parejas  
con el mas alto poder.  
Gran fortuna es ser mujer....

si no llegaran á viejas.  
Mas el fatal calendario  
harto su vejez avanza;  
y allí tomamos venganza  
de su orgullo temerario.  
Allí el necio que gastó  
su hacienda, la cobra en risa;  
allí el despreciado, pisa  
la hermosura que adoró.

Allí la rosa y jazmin,  
si no son falsa moneda,  
huyeron, y ya no queda  
al serafin sino el fin.

Ya de aquel rostro nevado  
el cútis tan terso y fino  
es rugoso pergamino  
de cronicon olvidado.

A la que rabiarse hizo  
ya por toda regalía  
le queda el nombre de tia,  
y en ocasiones postizo.  
Allí la cara que intenta  
hacer al sol igualdad  
parece rapado abad,  
y mas si engorda á cincuenta.

La jaqueca la maltrata;  
el flato la desazona;  
por envidia es regañona,  
y por recurso beata.

FED. Basta ya; y dime...

TRIS. Salió

Flora; me dió mil abrazos,

pero le apartó los brazos...

¿Quién dirás?

FED. Pues ¿lo sé yo?

TRIS. Hazte el simple.—Tu Isabela que salió oyendo mi voz á abrazarme mas veloz que la garza cuando vuela. Suelto el cabello venía, y así como me abrazó tanto mi hombro engalanó como al valle el nuevo día. Celebré mucho el favor de verme, aunque era postiza, con una muceta riza de peregrino de amor. Entraba el sol por la reja como envidioso al soslayo; que bien diera el mejor rayo por tan hermosa guedeja. Lo primero en que me habló fué en tu crueldad; pues no quieres verla.

FED. ¡Así son las mujeres!

No la ví porque ella vió.

El Emperador la adora

porque ella le quiso ver.

¡Forzoso será ceder!

TRIS. Un remedio queda ahora.

FED. ¿Cuál?

TRIS. El César te ha mandado busques dama á quien amar. Dí que andándola á buscar con Isabela has topado; que como te quiere bien podrá ser que liberal te la deje.

FED. Mayor mal resultar puede tambien; pues sería hacer de modo, si celoso se enojase, que de aquí me desterrase, y lo perdería todo. Mejor es disimular y dejar á la fortuna mi esperanza, si en alguna puedo mi dicha fundar. Además que, como ha dado en el extraño capricho de que amen todos, le he dicho que estoy de otra enamorado. Pero en fin ¿en qué paró la plática?

TRIS. En un efeto de amor que de lo secreto del alma al rostro salió.

FED. ¿Cómo?

TRIS. Por ser cosa fria esto de las perlas ya, que aun el mar del Sur está cansado de las que cria, no digo que las lloró, digo que lágrimas vi. Tú allá sabrás para ti si fueron perlas ó no.

FED. ¡Lágrimas! ¡Ah! ¿No me engañas?

¿Es cierto que el dueño mio...

TRIS. Quedo, que vienen.

## ESCENA II.

FEDERICO, TRISTÁN, ISABELA, FLORA.

ISAB. ¿Qué veo!

¿Es mi bien? ¿Es Federico?

FED. No sin ocasion lo dudas; que quien tan justo motivo para no pisar tu casa en tu ingratitud ha visto, debería para siempre sepultarte en el olvido. Mas no creas, Isabela, que con ruegos y suspiros la fe de tus juramentos á reclamar he venido. El Emperador me envia: obedecerle es preciso. No ya para mí, que soy de tanta ventura indigno; para el venturoso César tus favores solicito. Le enamoraron tus ojos viéndole á despecho mio; y de tu culpa, Isabela, yo solo sufro el castigo.

ISAB. De ver á un hombre, á mirarle, sabes que hay mucho camino.

Verle pudo ser flaqueza,

bien disculpable en mi juicio;

mirarle amante sería

imperdonable delito,

en quien ya te reconoce

por dueño de su albedrío.

¡Funesta curiosidad!

¡Oh, quien hubiera previsto

sus fatales consecuencias!

Pero acaso ¿está en mi arbitrio haber dejado de ver?

Harto ya los ojos míos

un breve error expiaron

en lágrimas sumergidos.

FED. ¿Qué vale ese tierno llanto, si es cierto que tu cariño lo vierte, qué vale, ¡ay triste! cuando mi adverso destino á perderte me condena? Cesad, plácidos delirios de mi amor; dulce esperanza que halagabas mis sentidos, baja conmigo á la tumba; y tú vive, dueño mio; vive, y sé feliz. Tu dicha será de mi mal alivio.

Oton perdona á tu padre,

le devuelve sus antiguos

honoros; y á tí, señora,

el título ha conferido

de condesa: véle aquí.

No á tan altos beneficios

ingrata seas, ni luches

contra el poder del destino.

ISAB. Si mas que letras tuviera

ese título castillos

y ciudades; si me diese

Oton el imperio mismo

de Alemania, ni un momento

podría del pecho mio

borrar la halagüeña imagen

de mi amado Federico.

Tú verás que, si en mal hora  
fui curiosa, no me rindo  
al poder...

FLORA. El César viene.

FED. Isabel, yo te suplico  
por mi amor, que disimules  
con el César. Soy perdido  
si llega á saber...

ESCENA III.

ISABELA, FLORA, FEDERICO, TRISTÁN, EL EMPERADOR.

EMP. Condesa,  
bien pruebo cuánto os estimo  
viniéndoos á ver. ¿Habeis  
descansado del camino?

ISAB. Tan cerca está de la Corte  
mi granja, que no he podido  
cansarme mucho. —Esta silla (*ofreciéndosela.*)  
quisiera que fuese un rico  
dosel de estrellas del cielo.

EMP. Sentaos, señora, conmigo  
y será del mismo sol.

FED. (*Ap. con Tris.*) ¡Y se sienta! — Pierdo el juicio.

TRIS. ¡Toma! ¡Si lo manda el César!

Y Dios quiera, Federico,  
que no haga mas que sentarse.

FED. Eres un necio; un indigno;  
y ¡vive Dios...!

TRIS. Poco á poco:  
no te enfades. Me desdigo.

ISAB. Beso á Vuestra Majestad  
la mano, príncipe invicto,  
por el título y las villas.

FED. (*Ap. con Tristán.*) ¡Y al traerlo no lo quiso!  
¿Qué te parece, Tristán?

TRIS. Que hay aquí grande artificio.  
Mira, toma; y después llora.

EMP. Este es un leve principio  
de lo que en vuestro favor  
me inspira un tierno cariño.

TRIS. (*ap. con Federico.*) ¡Cómo la requiebra! Estás  
haciendo un papel lucido.

FED. ¿Y yo he de ahogar en mi pecho  
los celos? ¡Cruel suplicio!

EMP. Tal estoy desde que os vi  
que no pienso ni imagino  
cosa que de amor no sea.  
De amor son todos los libros  
que leo; ni otras pinturas  
en mi habitacion permito  
que las victorias de Venus  
y las artes de Cupido.

He mandado expresamente  
que no haya criado mio  
sin amor: tanto que ya  
hasta el mismo Federico  
tiene dama. ¿Lo creyerais?  
No hace mucho que me dijo  
señas de su buena cara,  
y que la ama con delirio  
aunque la ha visto una vez  
solamente. — Ha prometido  
enseñármela.

ISAB. (*Qué escucho!*)

Mas yo no me maravillo  
de que hoy esté enamorado,  
porque siempre le he tenido  
por galan.

EMP. El me ha jurado  
que á nadie en su vida quiso  
si no es en esta ocasion.

¿No digo bien, Federico?

FED. Sí; pero estoy enojado  
con la señora á quien sirvo.

EMP. Serán celos.

FED. No lo niego.

Tengo el mayor enemigo  
que pudo hallar mi desdicha:  
discreto, galan, altivo,  
soldado en fin, con mil prendas  
que reconozco y envidia.

EMP. No lo creas; que los celos  
hacen discretos y lindos  
á muchos que no lo son.  
¿Y quién habrá en mis dominios  
que te venza en gallardía,  
gala, discrecion y brio?  
¿Qué caballero en mi Corte...

FED. Señor, excusad...

EMP. Te afirmo  
que aun yo, con ser lo que soy,  
no compitiera contigo.

FED. Señor, no me sonrojeis.  
¿Merezco yo...

EMP. Federico  
es la honra de Alemania,  
Isabela. Yo le estimo  
como á mi propia persona.  
Una falta he conocido  
sola en él, que es no querer.

ISAB. Vuestra Majestad ¿no ha dicho  
que ya tiene dama? (*¡Ingrato!*)

EMP. Ciertó; mas como ha nacido  
ese pensamiento en él  
después que del monte vino,  
para ser un buen galan  
es demasiado novicio.

FED. (*Ap. con Tristán.*) Como cierto la asegura  
lo que por cumplir le digo.

TRIS. Ella disimula; pero,  
sea vanidad ó cariño,  
que yo mas que á lo segundo  
á lo primero me inclino,  
dentro de su corazon  
hay Güelfos y Gibelinos.

ISAB. (*ap. con Flora.*) ¿Lo oiste, Flora? ¡Ama á otra  
el traidor!

FLORA. Haz tú lo mismo.

ISAB. ¡Y se quejaba de mí!  
Mal mi cólera reprimo.

EMP. Este diamante en razon  
de su firmeza apetece  
vuestra mano, si merece  
tanto favor mi pasion;  
pero con la condicion  
que os lo tengo de poner.

FED. (*Si ella se deja vencer  
de lo que el César le pide  
con dura venganza mide  
sus celos;... pero ¡es mujer!*)

ISAB. Mucho en la obediencia gano;  
que es duplicado favor  
darme el diamante, Señor,  
y ponerlo vuestra mano.  
A un príncipe soberano,  
siendo el anillo prision,  
reconozco sujecion. (*Se quita el guante.*)

EMP. No hay en amor majestad.  
 FED. (*ap. á Tris.*) ¿Se quita el guante?  
 EMP. Mostrad  
 el dedo del corazon.  
 FED. ¡Tristán! (*ap. con Tris.*)  
 TRIS. De eso no te espantes.  
 Hay mujer que se quitara  
 un zapato si se usara  
 traer en los piés diamantes.  
 FED. ¡Oh mujeres inconstantes!  
 EMP. ¡Qué mano! La nieve pura  
 puede envidiar su blancura.  
 TRIS. (*ap. con Feder.*) Mirala cómo se engrie.  
 FED. ¡Y le mira! ¡Y se sonrie!  
 TRIS. Disimula.  
 FED. ¡Infiel! ¡Perjura!  
 TRIS. Calla.  
 FED. No sé dónde estoy.  
 EMP. Contento me iré de aquí  
 si me dais el guante á mí  
 por el diamante que os doy.  
 ISAB. Dichosa en las ferias soy.  
 FED. (*ap. con Tristán.*) No me puedo dominar.  
 Esta mujer va á acabar  
 conmigo.  
 TRIS. Mal te ha de ir  
 si da el César en pedir  
 y ella no acierta á negar.  
 EMP. Perdonad si por mi amor  
 quedais sin guante. Más rico  
 os lo traerá Federico  
 aunque no de mas valor.  
 TRIS. (*ap. con Federico.*) ¡Lo que es ser Emperador!  
 ¡Qué fácilmente prodiga  
 dádivas á quien le obliga!  
 Si ha resuelto conquistarla  
 mañana es capaz de darla  
 el toison por una liga.  
 FED. Mano hermosa y desleal  
 que tanto me desesperas,  
 vengar tus celos pudieras;  
 pero no con tanto mal.  
 EMP. ¿Federico?  
 FED. (¡Estoy mortal!)  
 EMP. Acuérdate este favor.  
 FED. No lo olvidaré, Señor.  
 ISAB. (¡Qué bien salió mi venganza!)  
 FED. (Si feneció mi esperanza,  
 ¿cómo no muere mi amor?)

## ESCENA IV.

EL EMPERADOR, ISABELA, FLORA, FEDERICO, TRIS-  
 TÁN, OCTAVIO, RODULFO, ALEJANDRO, FABIO.

ISAB. Mi padre viene.  
 OCT. No puedo  
 pagar, Señor, con palabras  
 tanta merced, tanto honor.  
 Honren vuestros piés mis canas.  
 Hanme dicho que habeis dado,  
 despues de mercedes tantas,  
 título y tierra á Isabel,  
 con que ya puedo casarla;  
 porque de la hacienda mia  
 no le quedaba esperanza  
 consumida en tantas guerras.  
 Ahora, Señor, solo falta  
 que le deis tambien marido,  
 con que á mi vejez causada

dareis vida y sucesion.

EMP. Los que ahora me acompañan  
 son lo mejor de mi Corte  
 y la gloria de Alemania.  
 Ahora diga Isabela  
 quién entre todos le agrada:  
 yo confirmo su eleccion.  
 TRIS. (*ap. con su amo.*) ¡Buena ocasion! Hoy te casas:  
 FED. No sé, Tristán. Mucho temo  
 el suceso; porque andan  
 encontradas estos dias  
 mi fortuna y mi esperanza.  
 EMP. ¿No tomais resolucion?  
 OCT. Señor, Isabela calla  
 con razon. De su silencio  
 seré intérprete, si mandas.—  
 Fabio, Alejandro y Rodulfo  
 son el honor de la patria  
 y muy dignos de Isabela;  
 pero el tener de tu gracia  
 tantas prendas Federico,  
 me obliga á pedir que hagas  
 á los tres esta merced.  
 EMP. Por mí no puedo excusarla.  
 ¿Qué respondes, Isabela?  
 ISAB. Que mis méritos no alcanzan  
 á los que tiene persona  
 que mereció tu privanza.  
 Además de esto, Señor,  
 Federico tiene dama  
 á quien quiere, como sabes;  
 y ningun hombre se casa  
 enamorado de otra.  
 EMP. (*á Octavio.*) No es cosa de violentarla.  
 Tratemos esto despacio;  
 y venidme á ver mañana.

## ESCENA V.

FEDERICO, ISABELA, TRISTÁN, FLORA.

FED. No sé cómo puedo hablarte.  
 ISAB. Ni yo mirarte á la cara.  
 FED. ¿Estas las lágrimas eran?  
 ¡Falsa, fementida, ingrata!  
 ISAB. ¿En qué ingratitud me has visto?  
 FED. ¿Darle la mano no basta  
 á un hombre, aunque César sea  
 y Emperador de Alemania,  
 á mis ojos?—Y, además,  
 con resolucion tan clara,  
 cuando ya tomaba puerto  
 la nave de mi esperanza,  
 ¿volverla con tal desden  
 al golfo, donde no aguarda  
 mas remedio que la muerte?  
 ISAB. ¡Oh Federico, que me hablas  
 con celos del César!, lleva  
 tus engañosas palabras  
 á la dama que le has dicho.  
 Vénguete de mi inconstancia  
 su peregrina hermosura.  
 FED. Tú te engañas y él se engaña.  
 Fué un artificio el decirle  
 que yo tenia otra dama.—  
 Mas ya que le aseguraste  
 fundada en tan débil causa  
 que no era yo para tí,  
 y tan infiel como vana,  
 quizá porque ya te sueñas

Emperatriz de Alemania,  
me desprecias; te prometo,  
pérfida mujer, que cuantas  
veces oyere tu nombre,  
ó pasare por tu casa,  
ó viere criado tuyo,  
ó retrato, ó prenda, ó carta,  
maldeciré el necio amor  
que te tuve; y si me trata  
el alma de ti en mi vida,  
tengo de sacarme el alma.

ISAB. No quiero al César, ni quiero  
riquezas; solo estimaba  
tu amor. Si el mio fenece,  
culpa solo a tu mudanza,  
no porque le compre Otón  
con diamantes; que son bajas  
todas las joyas del mundo  
para que se compren almas. —  
Toma, Tristán, este anillo.

TRIS. ¿Para qué?

ISAB. Para que vayas  
á venderlo para ti.

TRIS. Señora...

ISAB. No hables palabra.

TRIS. (Por si acaso se arrepiente  
pronto iré yo á hacerlo plata.)

FLOR. Perdónale. Su cariño...

ISAB. Calla, necia.

FLOR. Escucha.

ISAB. Calla.

FED. ¡Ah falsa, que no te creo!

ISAB. Ni lo pretendo.

FED. ¡Mal haya  
tu hermosura!

ISAB. ¡Ojalá fuera  
veneno! ¡Traidor!

FED. ¡Ingrata!

ISAB. Quisiera ser basilisco.

FED. Yo quien primero mirara.

ISAB. ¿Matarme querias?

FED. Sí;

y arrancarte con mi daga  
los ojos por que no vieras.

ISAB. Yo sé cuando los llamabas  
luceros.

FED. Ya son infiernos  
despues que miran y engañan.

ISAB. Enviame mis papeles.

FED. ¡Buena fuera que guardara  
mentiras!

ISAB. Verdades eran.

FED. Como tus palabras falsas. —  
Adios para siempre.

ISAB. Nunca  
vuelvas á pisar mi casa.

FED. Tú te acordarás de mí.

ISAB. Tú llorarás mi venganza.

### ESCENA VI.

FLORA, TRISTÁN.

TRIS. Pérfida, ingrata, traidora,  
injusta, fiera, malvada,  
basilisco, cocodrilo...  
¡mala nube de almorranas  
me vengue de ti!

FLOR. ¿Por qué  
de esa manera me tratas?

¿No eres tú mi amor, Tristán?

¿En qué te ofendo?

TRIS. ¿A mi?... En nada;  
pero ya que mi señor  
ha reñido con tu ama,  
yo quiero reñir contigo  
asi,... por concomitancia.

FLOR. Con que ¿solo me querias...

TRIS. Como amante de reata.

FLOR. ¡Bribon!

TRIS. Flora, no me insultes.

FLOR. Eres hombre.

TRIS. Tú hembra,... y mala.

FLOR. Tú te acordarás de mí.

TRIS. Tú llorarás mi venganza.

## ACTO CUARTO.

Decoracion de calle con la fachada de la casa del du-  
que Octavio, y una reja en ella. Es de noche.

### ESCENA PRIMERA.

EL EMPERADOR, FEDERICO, ALEJANDRO, RODOLFO,  
FABIO, TRISTÁN.

FED. Ya es hora de retiraros,  
Señor. Es muy tarde, y puede  
ofenderos el sereno.

EMP. Quien entre lluvias y nieves  
pasó acampado las noches  
del crudo invierno mil veces  
por coger de Marte fiero  
los sanguinarios laureles,  
no es mucho que entre festines  
y saraos se desvele,  
cuando el ardoroso Julio  
seca las doradas mieses.

FED. (ap. con Tristán.) Abierto tiene el postigo  
de la reja; verme quiere  
Isabel: es la señal  
de que se ha valido siempre.  
Pero ¿cómo me separo  
del César?

TRIS. Deja que pene,  
que harto has penado por ella. —  
Puede ser que no te espere  
á ti.

FED. Pues ¿á quién?

TRIS. Al César.

FED. Al demonio que te lleve.

ALEJ. Margarita se ha lucido  
con el soberbio banquete  
que os ha dado. Sentirá  
que Vuestra Alteza la deje  
ahora que en danza festiva  
al alba esperar previene.

EMP. La dejo; y no sufriré  
que segunda vez me obsequie.  
Aunque hermosa, es erudita;  
y esta clase de mujeres,  
sobre ser empalagosas  
son frias como la nieve. —  
Pero tú ¿tan caviloso,  
tan taciturno? ¿Qué tienes,  
Federico?

FED. Señor..., nada.

EMP. Ocioso es que me lo niegues.

Ésa tristeza sin duda  
de tu nuevo amor procede.  
Si alguno tu objeto amado  
á disputarte se atreve,  
con tu valor y tus prendas  
seguro estás de vencerle,  
y mas cuando mi amistad  
y mi poder te protegen.

TRIS. Declárate. (*ap. con Federico.*)

FED. No me atrevo.

TRIS. Pues bien; luego no te quejes  
de nadie sino de ti.

EMP. Pues me dijiste que tiene  
baile esta noche tu dama,  
no es regular que se acueste  
hasta que haya amanecido.—

Ven; quiero que me la enseñes.

FED. No os replico. (*ap. con Tristán.*)  
Preveniste

á Fenisa?

TRIS. Sí; bien puede  
entrar el Emperador.

Hará el papel grandemente.

EMP. Muy bella debe de ser.  
cuando tal galan merece.

(*vanse todos quedando los últimos Feder. y Tris.*)

FED. Bella Isabel, si aun me amas  
perdona. Mi amarga suerte  
así lo ordena. En tu reja  
el alma dejo pendiente.

TRIS. Flora, si me la has pegado  
me alegro de que me esperes.  
Mal catarro te dé Dios  
que te dure cuatro meses.

## ESCENA II.

ISABELA, FLORA. (*cuando ya han vuelto la espalda  
Federico y Tristán, se asoman á la reja Isabel y  
Flora.*)

FLOR. Esta es ya la cuarta vez  
que vienes inútilmente  
á la reja.

ISAB. ¡Ah Federico  
infidel! ¡Qué poco me debes  
tal desvelo, tal fineza!

FLOR. Mejor será que te acuestes  
y entre regaladas plumas  
al dulce sueño te entregues,  
que es vano esperar á quien  
quizá de tí no se acuerde.

ISAB. ¿Cómo el que tanto me amaba  
tan pronto olvidarme puede?

FLOR. Como suelen olvidar  
los hombres á las mujeres.

ISAB. Juzgué que á verme vendria  
esta noche como suele.

FLOR. Le dijiste no hace mucho  
que jamás volviera á verte,  
le despediste; ¿y ahora  
te alliges porque no viene?

ISAB. Hablaba por mí el despecho.  
¿Quién á los amantes cree?

FLOR. Sí; pero á él por lo visto  
le convenia creerte.

ISAB. Antes por él abogabas,  
y ahora que le defiende  
mi corazon ¿tú le culpas?

FLOR. Si de veras te quisiese

no le duraría tanto  
el enojo que te ofende;  
y si creyeras á Flora,  
tú no serías tan débil.

ISAB. Flora, bien sabes que fui  
la primera en ofenderle.  
Un fatal capricho mio  
le desespera y me pierde.

FLOR. Y un capricho ¿será justo  
que con un crimen se vengue?

ISAB. ¡Cruel! ¿Por qué te complaces  
en pintarle delincuente  
á mis ojos?

FLOR. Porque anhele  
tu quietud. Cuando ver puede  
desde el palacio tus rejas  
¿podrá negar el aleve  
que ha estado abierto el postigo,  
señal clara y evidente  
de que le esperas?

ISAB. Acaso  
el Príncipe le detiene.

FLOR. O los brazos de esa bruja  
que á tu tierno amor prefiere.

ISAB. ¡Infidel!

FLOR. No vuelvas á hablarle;  
olvidale para siempre.

ISAB. ¿Y se ha de burlar de mí  
el traidor impunemente?

Ciega de cólera estoy.

Ya le aborrezco de muerte.

Pero quiero que lo sepa  
de mi boca; quiero verle  
confundido; y que á mi vista  
en su corazon se cebe  
el negro remordimiento.

Será consuelo y deleite  
su tormento para mí.

FLOR. ¡Malo! ¿Eso es aborrecerle?  
¿A qué armar nueva camorra?  
¿No es mejor que le desprecies?

ISAB. Aun vendrá. Pocos momentos  
le esperaré. No receles...

FLOR. Nada; á la cama. Mañana  
le puedes decir mil pestes.

ISAB. Déjame.

FLOR. De nuestro sexo  
así el honor comprometes.  
Ven.

ISAB. ¡Ay, qué noche me espera!

FLOR. Harás muy mal si no duermes  
á pierna suelta.

ISAB. ¿Quién sabe,  
Flora, si estará inocente?

FLOR. ¡Oh! Mas que lo esté. A dormir.

¡Cuántas como tú proceden!

¡Y extrañamos que los hombres  
se burlen de las mujeres!

(*entran y cierran la reja.*)

## ESCENA III.

EL EMPERADOR, FEDERICO, ALEJANDRO, RODOLFO,  
FABIO, TRISTÁN.

EMP. Muriéndome voy de risa.

FED. Y yo de pena, señor,  
de ver el poco favor  
que te merece Fenisa.

¿Tan pronto, señor, te vas?

TRIS. Y tiene mucha razon,  
que es una horrenda vision.  
EMP. ¿De eso enamorado estás?  
¿Eso me trajiste á ver?  
FED. Que es mi luz te certifico.  
EMP. ¿Es posible, Federico,  
que quieras á tal mujer?  
ALEJ. Harto desvié las velas  
por encubrir su figura.  
FED. ¿Pensais, señor, por ventura  
que todas son Isabelas?  
Retratarla pretendia,  
y por tí mudo intencion.  
EMP. Bien puedes con un carbon.  
TRIS. ¿Qué dijeras de la mia?  
EMP. Muéstramela; verla quiero,  
y te diré la verdad.  
TRIS. Es mucha su fealdad;  
mas yo por ella me muero.  
EMP. Veamos pues á esa bella.  
TRIS. ¿Verla vos? ¡Uf! No lo apruebo.  
EMP. Pues ya que verla no debo  
hazme una pintura de ella.  
TRIS. Pues escucha el retrato  
del bien que adoro;  
que á Tristán favorece  
á falta de otro.—  
Ya no se necesita  
la ipecacuana;  
porque no hay vomitivo  
como su cara.  
Con tres calvas solemnes  
su gracia aumenta;  
una es en el cabello  
dos en las cejas.  
Sus ojos son azules  
y tan serenos  
que me da romadizo  
de solo verlos.  
Llamarlos puedo soles,  
pero de Octubre  
que brillan al soslayo  
entre las nubes.  
Su nariz de aguilucho  
por corba y grande  
pudiera á un sarraceno  
servir de alfanje.  
Tiene un color su cara,  
si bien lo pinto,  
entre pajizo y verde  
como el pepino.  
Ella dice que es noble  
puede que mienta,  
pero puedo afirmarte  
que no es pechera.  
Sin claveles ni rosas  
tal boca tiene  
que parece cachorro  
de siete meses.  
Los dientes de apartados  
piden divorcio;  
que no quieren morderse  
unos á otros.  
Aunque el pié es juanétudo  
y descarnado,  
es largo, lo confieso,  
pero muy ancho.  
Nunca sale de casa  
si no hay carroza,

porque tiene una pierna  
mas larga que otra.—  
Mas con todas las gracias  
que aquí te cuento,  
algo tiene que callo,  
pues yo la quiero.  
EMP. Lindamente la has pintado.  
TRIS. Yo lo creo. No hay pintor  
tan diestro como el amor.  
EMP. Por el gusto que me has dado  
mañana te doy...  
TRIS. ¿Te doy...  
y con la mano vacía?  
No habrá con mañana dia  
si siempre mañana es hoy.  
Tu grandeza soberana  
pierde en hacer esperar;  
que es madrugar á no dar  
prometer para mañana.  
EMP. Esta cadena te pon.  
TRIS. Siendo de oro, á manos llenas  
ponme no solo cadenas  
sino albarda y cabezon.  
EMP. Supuesto que está la noche  
tan apacible y serena,  
y pronto entre rosa y nácar  
brillará el alba risueña,  
aquí la quiero esperar  
en la reja de Isabela.—  
Tristán, acércate y llama.  
TRIS. Señor, puede ser que duerma.  
EMP. Bien puede ser, y tambien  
es fácil que esté despierta.  
Federico, llega tú.  
FED. (Parece que se recrea  
la suerte en atormentarme.)  
EMP. ¿Qué estás pensando? ¿No llegas?  
FED. (¡Ojalá no me responda!) (llama.)  
(ábrese la reja y aparece Flora.)

ESCENA IV.

EL EMPERADOR, FEDERICO, ALEJANDRO, RODULFO,  
FABIO, TRISTAN, FLORA.

FLOR. ¿Es Federico?  
FED. (en voz baja á Flora) ¡Qué reja  
tan obediente!  
FLOR. ¿Qué quieres?  
FED. Di á mi señora condesa  
que está aquí el César.  
FLOR. Ya voy.

ESCENA V.

EL EMPERADOR, FEDERICO, ALEJANDRO, RODULFO,  
FABIO, TRISTAN.

FED. (ap. con Tristán.) Pensé que me respondiera  
que era imposible salir,  
y respondió: voy por ella.  
TRIS. ¡Sí! buena alhaja es la niña.  
¡De tal ama tal sirvienta!  
EMP. En solo un dia he debido  
á Isabel muchas finezas.—  
Federico, ¿que me dices?  
FED. Recibid mi enhorabuena.—  
(¿Quién se vió en un trance igual?  
Le hablo con cara risueña,  
y dentro del corazon  
tengo las llamas del Etna.)

## ESCENA VI.

EL EMPERADOR, FEDERICO, ALEJANDRO, FABIO,  
TRISTAN, ISABELA.

EMP. Bien pueden cantar las aves  
y ahuyentarse las tinieblas;  
que ya la aurora amanece  
en los ojos de Isabela.

ISAB. Muy templado de requiebros,  
y comparaciones tiernas  
viene Vuestra Majestad.  
Habrále dado materia  
para tan altos conceptos  
alguna dama discreta  
de las que en la Corte ahora  
de lo bien dicho se precian.

EMP. No; porque de ver acabo  
la mujer mas necia y fea  
que puede haber en el mundo;  
pues tengo por cosa cierta  
que de haberla hecho está  
corrida naturaleza.

ISAB. ¡Fea y necia en tal extremo!  
¿Y fuisteis, Señor, á verla?

EMP. Es dama de Federico.  
Nunca pensé que tuviera  
tan mal gusto. Vengo muerto  
de risa.

ISAB. (¡Oh rabia! ¿Y desprecia  
á Isabel por una estíngie?  
¡Que yo vengarme no pueda  
del traidor!) Yo no lo extraño,  
porque al fin no es cosa nueva  
gozar de los mas galanes,  
Señor, las mujeres feas.

EMP. No sé en verdad, dónde tiene  
los ojos el que se prenda  
de semejante mujer.

ISAB. ¡Quién á Federico, diera  
vaya! Llamadle, que quiero  
correrle.

EMP. Tendrá vergüenza.—  
Federico.

FED. ¿Qué mandais?

EMP. He confiado á Isabela  
que vengo de ver tu dama.

FED. Le habreis dicho, es cosa cierta,  
mi mal gusto.

ISAB. Tu eleccion  
no culparía á ser fea  
solamente; porque suelen  
aquellas á quienes niega  
naturaleza otros dones,  
ser graciosas y discretas;  
pero ¿necia? Qué ignominia  
para un hombre de tus prendas!  
Asco tendré de mirarte  
de aquí adelante.

FED. No entiendas  
que soy en esto culpado;  
que, como es cosa tan nueva  
para mí tratar de amores,  
y tengo tan mala idea  
de las mujeres, encuentro  
poco que elegir en ellas.  
Si solo amor inspiraran  
las lindas y las discretas,  
pronto del juicio final  
sonaria la trompeta.

ISAB. ¡Qué amor tan extravagante!  
¡Qué ridícula pareja!

FED. El gusto no tiene leyes,  
señora, en ciertas materias.  
No en vano pintan vendado  
al dios de mor. Si á las feas  
para feas solamente  
criara naturaleza,  
¿qué sería de nosotros?  
En poco tiempo viniera  
á tal fealdad el mundo  
que resultara en su mengua.  
Así está puesto en razon  
que, haciendo prudente mezcla,  
de los feos y las lindas,  
de los sabios y las necias,  
ni todo deformidad  
ni todo hermosura sea.

ISAB. No os conozco. Algun hechizo  
os trastorna la cabeza.  
¿Tan poca fortuna tiene  
Federico con las bellas,  
que por desesperacion  
á una furia galantea?

FED. ¿Desesperacion, señora?  
Amor es el que me ciega.

ISAB. ¿Hablais de veras? Estais...

FED. Perdido, loco por ella.

ISAB. (No sé cómo me contengo  
al oír tal insolencia.)  
De lástima os quiero dar  
dama que mostreis al César  
sin vergüenza.

FED. Os lo agradezcó.

Guardadla para quien tenga  
mas dicha; que yo he buscado  
mujer que nadie apetezca.  
No veré el sol en sus ojos  
ni en su risa el alba nueva,  
ni corales en sus labios,  
ni en su garganta azucenas;  
gracias que no estan seguras  
del tiempo y de las viruelas.  
Mas podré decir al menos  
soy dueño absoluto de ella,  
y no viviré cercado  
de inquietudes y sospechas.  
Reniego de las hermosas  
y de su fatal belleza.  
Si es fuerza que todas miren  
y poderosos las vean;  
fea la quiero y segura;  
que no hay fea que no tenga  
algo por que ser querida,  
ni hermosa sin ser soberbia.

ISAB. Sois un necio.

FED. Perdonadme  
si delante de una bella...

ISAB. Mande Vuestra Majestad  
que se vaya de la reja.

FED. Me iré tambien de la calle;  
y, si es preciso, á cien leguas  
de la Corte; que no es justo  
incomodaros, condesa.—  
Dadme licencia, Señor.

EMP. Vete; y por Dios que me pesa  
de que vayas enojado.

FED. Ven Tristán. (ap. con Tristán.)

TRIS. ¿Dónde me llevas?



FED. No sé. Estoy desesperado.  
Que me vaya manda el César.  
TRIS. ¡Malo!  
FED. Porque así lo quiere  
su dama.  
TRIS. En esta tormenta  
se va á anegar tu privanza.  
FED. Poco me importa perderla,  
y ¡plegue á Dios que se acabe  
mi triste vida con ella!  
TRIS. Dios me conserve la mia  
para hacerte las exequias.

ESCENA VII.

EL EMPERADOR, ALEJANDRO, RODOLFO, FABIO,  
ISABELA.

EMP. De mal humor os ha puesto  
Federico.  
ISAB. ¿Quién creyera  
tales sandeces oír  
del que un imperio gobierna?  
¿Es este el discreto, el sabio?  
EMP. Cuando los discretos yerran  
no iguala á su necedad  
la del mas necio.  
ISAB. Ya suena  
gente en casa, y viene el día.  
No es justo que se detenga  
aquí Vuestra Majestad.  
EMP. No hay en el imperio fuerza  
para dilatar la noche. —  
El cielo os guarde, Isabela.

ESCENA VIII.

ISABELA, FLORA.

ISAB. Al fin ya libre me veo. —  
Soltad al llanto la rienda,  
ojos míos.  
FLORA. ¡Cómo! ¿Aun lloras  
por un perjurio?  
ISAB. No creas  
que es de amor; es de despecho.  
¡Ah traidor, aleve...  
FLORA. Espera  
A la escasa luz del alba  
veo acercarse á la reja  
dos hombres. — Son Federico  
y su criado.

ESCENA IX.

ISABELA, FLORA, FEDERICO, TRISTÁN.

TRIS. ¿Qué intentas?  
FED. Aun está allí. Quiero hablarla,  
Tristán, por la vez postrera.  
Acaso no sin designio...  
FLORA. ¿Será tanta tu flaqueza  
que sufras...  
ISAB. (á Flora en voz baja.) Deja que llegue.  
FED. Extrañareis que me atreva  
ahora...  
ISAB. (cierra de golpe la reja.) Idos, poramala.

ESCENA X.

FEDERICO, TRISTÁN.

FED. ¡Tristán! Todo soy de piedra. —

¿Qué es esto?  
TRIS. ¿Aun puedes dudarlo?  
Que te insulta y te desprecia,  
que te da cara de hierro,  
y que por otro te deja.  
FED. ¡Ah fementida mujer!  
¡Nunca mis ojos te vieran!  
TRIS. ¿Quieres tomar de su injuria  
una venganza sangrienta?  
FED. Sí, Tristán: vengarme quiero.  
TRIS. Pues cástate con la fea.  
FED. Te burlas de mí, villano?  
TRIS. No: la que se burla es ella.  
FED. Sigueme. Huyamos, Tristán,  
de esta abominable reja;  
que no respondo de mí;  
tanto la ira me ciega.  
¡Adios, adios para siempre,  
mujer venal y perversa!  
Tanto como te adoraba  
ya mi pecho te detesta.  
Si vuelvo jamás á verte,  
si vuelvo á estampar mi huella  
en ese umbral, si en mi labio  
tu nombre funesto suena,  
¡estalle el rayo en mi frente  
y en ceniza me convierta!

ESCENA XI.

TRISTÁN.

Ahora me toca á mí. —  
¡Adios, grandísima puerea;  
adios, Flora, cuya flor  
ya es para mí esparraguera!  
Si vuelvo á pensar en tí,  
si vuelvo á pisar tu puerta,  
si vuelvo á verte jamás,  
Dios te dé sarna perpétua,  
y un lebanillo en la frente,  
y un cáncer en cada pierna!

ACTO QUINTO.

SALON DE PALACIO

ESCENA PRIMERA.

FEDERICO TRISTÁN.

TRIS. Te sientas? ¿No era mejor  
que te fueras á la cama?  
En vela toda la noche...  
FED. Nunca el infeliz descansa.  
¡Ay Tristán! Yo vengo muerto.  
TRIS. ¡Muerto, señor! ¿Por qué causa?  
Si todos los que tropiezan  
con mujeres casquivanas  
se murieran de pesar,  
entre médicos y faldas  
acabaran con los hombres  
en menos de dos semanas.  
¡No, pésia tal!... Que perezca  
primero toda su raza.  
FED. Con ser tal su ingratitude  
y tan cierta mi desgracia,  
la imagen del bien que amé  
no puedo arrancar del alma:

mas ¿por qué con tal bajeza  
vengarte de mí, cruel?

EMP. ¿Con quién hablas?

FED. ¡Isabel!

ALEJ. Mirad que está aquí Su Alteza.

FAB. ¡Qué lástima!

ROD. ¡Qué dolor!

ALEJ. (Ama á Isabel. Mi sospecha  
no fué vana.)

TRIS. De esta hecha  
encierran á mi señor.

FED. ¿Tú la deshonra preferes  
á mi amor?

TRIS. Dice muy bien.  
¡Maldites sean, amen,  
los ojos de las mujeres.

EMP. Tristán, ¿qué desdicha es está?

TRIS. Perdió el juicio: sus extremos  
os lo dicen. (No nombremos  
á Isabel.) Caro le cuesta  
el amor. Como mandaste  
que quisiera tan aprisa,  
apuesto yo á que Fenisa,  
de quien tanto te burlaste,  
le ha dado hechizos, señor,  
que es propio efecto de feas,  
pues las hermosas no crean  
que quieren por fuerza amor.

EMP. ¿Qué dices?

TRIS. ¡Fca maldita!

EMP. ¿Ella fué.

TRIS. A haberme creído,  
preparado hubiera ido  
de hisopo y agua bendita.

EMP. Prendedla, matadla.

ALEJ. Advierte...

EMP. No hay que advertir. Morirá.  
Culpada Fenisa está  
de Federico en la muerte,  
que quien quita á un hombre el seso  
mas le quita que la vida.

## ESCENA ULTIMA.

FEDERICO, EL EMPERADOR, ALEJANDRO, RODOLFO,  
FABIO, TRISTÁN, ISABELA, OCTAVIO, FLORA.

ISAB. A vuestras plantas rendida...

FED. ¡Ella es! ¡Oh cielos!

EMP. ¿Qué es eso?

OCT. Señor, Isabela y yo  
te damos debidas gracias  
porque casarla resuelves,  
despues de mercedes tantas,  
con Federico. Esta boda  
ilustra y honra mi casa.

ISAB. Mayor es mi obligacion,  
como mas interesada  
en esta merced.

FED. ¡Qué escucho!

EMP. ¿Quién os dió nueva tan falsa?  
Ni he tenido pensamiento  
de casarla, ni se trata  
de casamientos ahora  
que lloramos la desgracia  
de Federico.

ISAB. Señor,  
¿qué desgracia?

EMP. Una malvada  
mujer le ha quitado el seso;

y yo he mandado matarla.

ISAB. No es malvada quien ha sido  
de este suceso la causa.

EMP. ¿Sabes tú quién es? Que ya  
muerte infame le prepara  
mi justicia.

ISAB. Pues bien puedes,  
gran Señor, ejecutarla.

Yo soy, que con un papel  
que le escribí, por venganza  
de los celos que me dió,  
fingí que esta noche estaba  
determinada á ser tuya;  
siendo mentira inventada  
por mi amor y mi desdicha.

EMP. ¡Qué oigo! ¿Es cierto? ¡Tú le amas!

ISAB. ¡Señor!...

FED. Tus dulces acentos  
vuelven la paz á mi alma.

Ya sé que no me aborreces:  
ahora vengan desgracias;

venga la muerte. — Los celos  
te dictaron esta carta,

que era á mi pecho puñal  
y cordel á mi garganta.

Celos tambien, y temores,  
y respeto á mi Monarca

fraguaron el necio amor  
que con razon te irritaba.

Jamás quise yo á Fenisa;  
ni en tal mujer se empleara

quien despreciara por tí  
á la belleza mas alta.

Perdoná, Isabela mia,  
perdóname; que á tus plantas...

EMP. Deteneos. — ¿Cómo osais  
en mi presencia... ¡Hola, guardias!

TRIS. (¡La hemos logrado!)

FED. Señor,  
ya sé que perdí tu gracia.

Amo á Isabel, y no ignoro  
que tú tambien la idolatras.

Mátame; tuya es mi vida;  
mas si á mi disculpa basta

haber rendido mi pecho  
á su virtud y á sus gracias

mucho antes que tú la vieras,  
de este misero te apiada.

Dos años há que á Isabela  
sirvo, otros tantos que paga

mi amor, y que tantas guerras  
el honesto fin dilatan

que tuviéra con casarnos  
tan bien nacida esperanza.

Quiso mi suerte enemiga  
que la vieses yendo á caza.

En vano la supliqué  
se retirase á su granja.

Necio y desdichado fuí,  
¿Quién á las mujeres manda

que no vean? Es mas fácil  
surcar el aire sin alas.

Te enamoró su belleza;  
y yo entonces...

EMP. ¡Cesa! ¡Basta!

Yo castigaré cual debo  
tu temeridad.

ISAB. Tu saña  
debe alcanzar á mí sola;

que sola soy la culpada.  
Por amar á Federico  
soy á tu cariño ingrata.  
El es la luz de mis ojos;  
él es imán de mi alma.

FED. Acuérdomé que en el monte  
me disteis, Señor, palabra...

EMP. Ya sé qué vas á decir;  
mas sin razón la reclamas.  
Yo prometí hacerte dueño  
de la dama que buscaras;  
no de la que ya tenías.  
Si con Fenisa te enlazas  
la cumpliré.

FED. (¡Soy perdido!)  
Solo os pido ya una gracia:  
que mi muerte apresureis.  
La vida es odiosa carga  
para mí sin Isabela.

ISAB. (de rodillas.) Piadoso Otón...

OCT. (de rodillas.) Si mis canas...

EMP. Alzad, Condesa; alzad, Duque. (á Federico.)

Ven tú á mis brazos. Ya basta  
de rigor, que hasta fingida  
la crueldad me desagrada.

FED. ¡Ah, Señor! Vuestra bondad...

EMP. No fuera grandeza tanta  
darte á Isabela por solo  
cumplir la palabra dada.  
Cuando de ella libre estoy  
y tú con desconfianza  
y sin acción de pedirla,  
vencerme yo es mas hazaña.  
Dale la mano á Isabela.

FED. Vivas, invicto Monarca,  
mil siglos.

ISAB. A tus victorias  
prevenga bronces la fama.

TRIS. Toma tú, Flora, mi mano;  
no quiero que penes mas.

FLOR. Si primero no me das  
una palabra, es en vano.

TRIS. ¿Cuál?

FLOR. Que no me has de estorbar,  
aunque te causen enojos,  
hacer uso de mis ojos,  
ver cuanto quiera y mirar.

TRIS. Te la doy. fuera excusado  
negarla; mas un buen leno,  
no me faltará, mi dueño,  
cuando veas demasiado.

FED. ¡Feliz yo!

ISAB. ¿Y por qué lo eres?

FED. Tú lo sabes, dulce encanto.

ISAB. (sonriéndose y mirándole con ternura.)

¡Oh! No lo serías tanto  
si no vieran las mujeres.

FIN DE LA COMEDIA.

JUNTA DE CENSURA DE LOS TEATROS  
DEL REINO.— *Es copia del original censurado.*

MADRID, 1862:—Imp. de PASCUAL CONESA.  
Calle de Toledo, núm. 69, Junto á S. Millan.

ADVERTENCIA. Esta obra. y otras traducciones,  
mas ó menos libres, debidas á la pluma de *Don  
Manuel Breton de los Herreros*, son las únicas  
que de las mismas se han representado en los  
teatros de Madrid, y han sido revisadas y corre-  
gidas por el Autor, antes de procederse á su  
impresion en esta *Biblioteca dramática*, á fin de  
purgarlas de los errores que contenian las copias.

